

LA ESPADA DE DAMOCLES DE LA UNESCO

En reciente artículo periodístico, el señor Emilio Ornés establece un paralelo entre las recomendaciones formuladas por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura reunida hace poco en Costa Rica, y la novela de negras premoniciones "1984", de George Orwell.

El articulista concluye que dicha Reunión, con la presencia de "algunas de las más sangrientas tiranías... el asesoramiento de un puñado de burócratas, el dinero de un país de la región y el prestigio político de otro" propuso la estatización de los medios de comunicación. Las razones habrían sido las siguientes:

a) Las agencias noticiosas no representan a nivel internacional, una imagen "fiel" (comillas del articulista) de lo que la UNESCO califica como países del Tercer Mundo.

b) Los medios de comunicación, en general, sólo representan los intereses de sus dueños.

c) La necesidad de que los medios de comunicación se conviertan en instrumento para la preservación de los valores culturales autóctonos y el desarrollo económico.

En cuanto al primer punto, la pedrada iría dirigida de modo especial a las agencias noticiosas internacionales, comenta. Estas habrían sido acusadas de acentuar los puntos negativos de la vida de esos pueblos. Redarguye, sin embargo, que las noticias negativas llevadas por las agencias noticiosas, se quedan cortas si las comparamos con la espantosa realidad imperante en esos países, cuya población opina-necesita de ese tipo de novedades. Así pues, según este señor, no se hace otra cosa que cumplir una vez más, devotamente, con las sagradas leyes del mercado libre. Existe demanda de noticias trágicas y la UPI corre presurosa a satisfacer tan saludable necesidad. Continúa el señor Ornés indicando que para expresar la situación de los países del Tercer Mundo se requiere de un Kafka, un Dante o un Orwell. No concibe cómo, estando la tarea informativa en manos del Estado, pueda su contenido reflejar la realidad, es decir ser veraz consigo mismo. Con-



GALO LARENAS SERRANO

TERCER SECRETARIO

En el segundo punto, admite felizmente que los periódicos responden "muchas veces" a los intereses particulares de sus dueños. Pero "expresa más adelante" "no es menos cierto que el poder de una publicación nunca es mayor al de la influencia que tiene en sus lectores, así como que esa influencia se obtiene por persuasión y no, como en el caso de los gobiernos, por coacción".

Entiendo que se ha planteado una igualdad entre el poder en sí y la influencia. Aquel sería proporcional a ésta. La persuasión constituiría el débil mecanismo instrumento de conquista de ese poder. La psicología colectiva de una comunidad social, como nuestros pueblos, de caracteres ingenuos, resulta para el señor Ornés, inexpugnable al ataque de todo un aparato publicitario de manipulación ideológica científicamente calculado, elaborado en cenáculos secretos de gran "altura".

Más adelante manifiesta que la confianza del lector en el periódico juega un papel decisivo, en cuanto a la influencia. Esto es, si confío, creo.

LA ESPADA DE DAMOCLES...

nos de dos caballeros. El sufriente ciudadano se enfrenta a una disyuntiva: confía forzosamente en uno de ellos o queda en una ignorancia agnóstica.

Emilio Ornés anota a continuación, en su alegato a favor de la empresa privada de los medios de comunicación "muchas de las grandes publicaciones comenzaron como empresas muy modestas y deben su progreso a su excelencia, mientras que muchas otras poderosas han decaído al perder las cualidades que las hicieron populares. Esto último es un caso muy frecuente entre las publicaciones que son confiscadas o expropiadas por los gobiernos". Cabría cuestionarse si las "excelencias" de esas grandes publicaciones de nuestro articulista, responden a conceptos ético sociales profundos, propios de la función informativa en un conglomerado social, o quizás se trata de una mera identificación con los intereses de los grupos dominantes, catadores de tales "excelencias". En efecto, este hecho ha sido a veces de una claridad tan repugnante frente a la miseria popular, que el Estado se ha visto forzado a intervenir. Es esto y no otra cosa lo que ha ocurrido en los casos de expropiación citados por el ilustre autor.

Respecto al tercer punto, califica de falaces los argumentos de la transculturización citando el caso de Grecia y el Cristianismo que se impusieron a Roma, la primera potencia de la época, el fenómeno de penetración cultural se dirigió entonces de la periferia al centro de dominación. Piénsese acota que el fervor revolucionario que abrazó a Europa desde mediados del siglo pasado, vino, en gran parte de Rusia. Termina felicitándose porque las recomendaciones de la UNESCO no se han puesto en práctica, pero que penden aún como una Espada de Damocles sobre los países de América Latina.



Como reflexión final, me atrevo a pensar que el idealismo místico del Cristianismo en sus albores, frente a la corruptela política del Imperio Romano, no es susceptible de paralelo alguno con el caso de nuestros países débiles explotados esgrimiendo tesis legalistas ante la arrogancia de las superpotencias. Sólo resistencias heroicas de carácter espiritualista, como la de Gandhi, han logrado detener a los poderosos. Raya en la ingenuidad suponer que el Tercer Mundo, por las bondades de la democracia en la comunidad internacional, termine imponiendo sus valores a los centros de dominación política que le oprimen. El fervor revolucionario de Europa, en el siglo pasado, obedeció a una ley de fuerza arrolladora surgida del estado de cosas atroz, que había sumido por siglos en la miseria a un gran pueblo. La sociedad corrompida de la Europa de entonces, minada por sus propios vicios, no pudo menos que someterse a los designios dialécticos que la Historia le impusiera. No se trató pues, como sostiene el comentado autor, de un proceso pacífico mediante el cual, por graciosa ley evolutiva, la periferia impuso sus valores a los centros de dominación.

La situación de nuestra doliente América Latina es tal, que quizás no hilan demasiado fino quienes piensan que por donde habría que empezar es expulsando al Pato Donald, con su curiosa carga ideológica, del mundo infantil de nuestros hijos. Sería luego de un largo combate, cuando restaurada nuestra independencia cultural, pueda hablarse de expansiones. Creo que podemos estar de acuerdo con Emilio Ornés en que una Espada de Damocles pende sobre América Latina, pero en que aquélla haya sido puesta precisamente por la UNESCO, por dignidad nos abstendríamos.

